

## **“FAUSTO AWARDS”, por Alex Mirabien**

Resulta un hecho indudable que la Humanidad ha entrado en un periodo de la Historia en el que muere ya más gente en accidentes de tráfico que en conflictos armados. Dado que la hambruna ha cedido su sitio a la obesidad como la gran epidemia del siglo XXI, con este panorama el cuadro “El Triunfo de la Muerte”, de Bruegel, no llega ni siquiera a la categoría de “asustaviejas”, dicho sea sin desmerecer su valor artístico. Por si fuera poco, a los cachorros humanos se les enseña desde muy pequeños a no temer a las brujas, a los monstruos o a los zombis; de hecho, cada 31 de octubre por la noche celebran una especie de aquelarre con caramelos en el que se banaliza el mundo de los muertos. Hemos llegado a un punto en el que no se le tiene miedo a nada. Pero el Infierno está ahí, a la vuelta de la esquina, esperándonos a todos.

El concurso de ideas, una feliz y diabólica ocurrencia, tenía como finalidad anticipar en La Tierra un pedacito de ese Infierno. Para que no se olvidara nunca la amenaza de la condenación eterna.

El diablo, que fue creado para servir al Hombre y ofender a Dios, es malvado pero no tonto: admira al Hombre y sabe disfrutar de sus placeres. Así pues, la convención la había organizado en un hotel situado en un país exótico, con una enorme piscina en la terraza y preciosas vistas panorámicas. Justo antes de dar comienzo al acto bromeaba consigo mismo pensando en que parecía el sitio ideal para soltar aquello de “tírate y una legión de ángeles volará para Recogerte”. Pero lo que relató Mateo en su Evangelio pasó hace más de dos mil años y, desde entonces, el catálogo de tentaciones se había tenido que adecuar a los tiempos.

Desde su privilegiado lugar, en el centro del escenario, el diablo pudo contar un centenar de asistentes que pugnaban por lucir sus mejores galas en un salón de actos que mezclaba el estilo desenfadado y cercano de las charlas TED con el glamour de los Oscar. Brillaban joyas y se lucían vestidos de firma, aderezados con

perfumes caros, carísimos; solo que aquí el ámbar gris, la bergamota y el almizcle no podían disimular del todo un cierto olor a azufre que todo lo impregnaba. Una discreta cartelera anunciaba el nombre del evento, los “FAUSTO AWARDS”.

El diablo, ejerciendo de presentador, dio las gracias a los asistentes y, sin más preámbulos, procedió a citar por su nombre a los dos finalistas y al ganador del premio.

En tercer lugar había quedado Alex Verdelet, a quien se le hacía mención especial por inocular a todos los papás del mundo la idea de que en su casa tenían a un Nadal o a un Messi en ciernes. Eso había convertido en un pequeño infierno la semana laboral, ya de por sí cargada de actividades extraescolares, a la que se le añadía el lastre de tener que acudir a los entrenamientos del pequeño campeón doméstico. Y, por supuesto, quedaban tocados los fines de semana, donde siempre había partidos que impedían a las familias disponer de tiempo libre para ellas. La guinda, no prevista inicialmente, era que en las gradas se montaran trifulcas entre los papás y se profirieran insultos a las árbitros femeninas. Todo un ejemplo para la infancia.

En segundo lugar, se reconocía como digna finalista a Samantha Asderel, una diablesa que había ideado la gran farsa de las cremas adelgazantes; desde entonces no había mujer que no se gastara un dineral -el que tenía y el que no- para llenar su armario de carísimos potingues placebo. Ejercicio y dieta saludable barridos por la vaga promesa de estar comprando un pasaje a Shangri-La.

Reconocidos los dos finalistas, llegó el momento de entregar el premio. Por todo el salón se extendió un palmeo acompasado con los pies al ritmo del We Will Rock You.

El premio y, por tanto, el reconocimiento “FAUSTO”, era para... Francis Eligoor, inventor del crédito al consumo y las tarjetas revolving. Un chorro de luz cegadora acompañó a Eligoor en su camino hasta el atril.

—¿Cómo se te ocurrió la idea? —inquirió el presentador una vez cesaron los aplausos.

—Pues, no quiero parecer pedante, pero fue leyendo. Así de simple. Un día cayó en mis manos el cuento de “La Pequeña Cerillera”, de Andersen, el de la niña que se evadía de su vida miserable a base de encender fósforos. Supongo que todo el mundo sabe la historia. Me encantó la frase esa de que “cuando una estrella se cae, un alma se eleva hacia el cielo con Dios”. Y apareció la idea. Solo que yo quería

que, antes de elevarse a donde fuese, ese alma se entretuviera un rato en el Infierno.

—Genial, muy inspirador.

—El caso es que la cerillera que antes imaginaba lugares hermosos donde estar, ahora es un comprador compulsivo. Bueno, millones de compradores. Cada deseo, cada capricho autoconcedido, sustituye al fósforo. La caja de cerillas, por su parte, ha sido sustituida por la red. Las compras online me lo habían puesto muy fácil: sea la hora que sea, el escaparate está abierto y accesible desde la tablet o el móvil: viajes, juguetes caros, restaurantes, ropa, perfumes...

—¿Y cómo lo hiciste para vencer la resistencia?

—Ya sabes, nos encantan los humanos; son unos seres previsiblemente irracionales. Aunque me lo pusieron difícil, mucho, porque en algunos libros de autoayuda había quien aconsejaba meter las tarjetas en el congelador, cuando no directamente pegarles un tijeretazo. Pero ideé los créditos revolving: ante la satisfacción inmediata, con este sistema fraccionamos y aplazamos el dolor del pago, ajustándolo a un cantidad tan pequeña que no pasa de ser apenas un pellizco en su cartera. Era tan sencillo que hasta me produce ternura. Cobrándoles intereses sobre intereses y más intereses, para cuando se vienen a dar cuenta, los pobres ya están metidos en una gigantesca rueda de hámster.

—Enhorabuena, has conseguido que la vida de muchas familias sea un pequeño infierno. Aquí tienes tu premio.

El salón era un estruendo de aplausos y golpes con los pies. Francis Eligoor hizo una reverencia y bajó del estrado seguido por el haz de luz del proyector, mientras recibía las felicitaciones de sus colegas.

El presentador se despidió invitando a todos los asistentes a disolverse entre la noche, no sin antes invitarles a degustar lo que ofrecía en el bufet libre:

—No reparéis en gastos..., está todo pagado —dijo, sonriendo malévolamente como solo el diablo lo sabe hacer.

Murcia. Noviembre de 2018